

Volvamos a Sócrates. Los atenienses le dijeron que el pensar era subversivo, que el viento del pensar es un tornado que barre todos los signos establecidos en que se apoyan los hombres para orientarse, causa el desorden en las ciudades y confunde a los ciudadanos. Y aunque Sócrates niegue que el pensar corrompa, no pretende tampoco que haga a nadie mejor. Despierta del sueño, y esto le parece un gran bien para la ciudad. Pero no dice que comenzó tal examen crítico por convertirse en tan gran benefactor. En lo que a él respecta, todo lo que se puede decir es que una vida privada del pensar sería carente de sentido, incluso aunque el pensamiento no proporcione a los hombres la sabiduría o no les proporcione las respuestas a las propias cuestiones del pensar. El sentido de lo que Sócrates hacía estaba ya en la misma actividad. O, por ponerlo en otras palabras: pensar y estar auténticamente vivo es lo mismo. HANNAH ARENDT, *La vida del espíritu* (1971)

*La*